



A través de la nación de los despojos

Miguel Ángel Flores Vilchis



Migrantes centroamericanos atraviesan Arriaga, Chiapas, encima del tren conocido como "La Bestia". (Fotografía: John Moore / Getty Images)

EN UNA COLONIA POPULAR AL PONIENTE DE LA CIUDAD de México se halla una casa improbable, de geografía accidentada y laberíntica pero enigmáticamente ordenada, como imaginada por Escher. En el centro de su pequeño patio, donde la estructura se cierra sobre sí misma, se sostiene un ídolo de madera, una suerte de piedra angular de doble signo en que se centran todas las miradas. Los habitantes conversan descansadamente a su alrededor, encuentran solaz en su presencia.

En la puerta de entrada está escrita una oración. En los corredores y en las paredes de sus estancias se estampan los recuerdos de antiguos huéspedes, los rastros de sus aspiraciones y su fe: banderas de sus naciones de procedencia, rutas marcadas sobre un mapa de América, hombres vestidos de paisano, escenas bucólicas, alegrías del Edén.

Gabriela, matrona de cabello alborotado y complexión fuerte, cruza el patio oteando afable a las mujeres y los hombres allí reunidos; mestizos en su mayoría, algunos negros y mulatos, más una tercia de caucásicos. En sus ojos se adivina el

tránsito milenario de sus razas, llevan en los cuerpos la artesanal urdimbre de las civilizaciones, los besos de sus padres en las palmas de las manos. Ulises todos.

Desde una desvencijada silla, el ebanista examina su obra entre el humo del cigarro. Víctor es un profeta venido de tierras lejanas envuelto en las levedades del incienso. Observa a los presentes, ha tallado para ellos, para los que partieron y para los que vendrán este moderno Jano, efigie de esperanza y de terror.

Cada veintinueve segundos un migrante traspasa las fronteras estadounidenses. La nación norteamericana es el mayor destino de inmigración a nivel mundial desde la mitad del siglo XIX, aun cuando en 1882 el Congreso aprobó la primera de sus leyes antiinmigrantes.

Sólo en este año casi un millón cien mil extranjeros habrán ingresado al país, gran parte de ellos ilegalmente y exponiéndose a los inminentes riesgos del cruce clandestino. Esto es la expresión de un robusto sector de la humanidad en perpetuo movimiento, cuyo motor es escapar de la pobreza y la violencia de sus países de origen.

A su vez, pocas naciones ocupan un lugar exegético en la compleja maquinaria global como lo hace México. Su mano de obra barata —nutrida principalmente por sus más de cincuenta y cinco millones de pobres—, así como su ineficaz sistema político-legal, lo vuelven cuna de grandes capitales económicos, tanto legítimos como ilícitos —o una combinación de ambos—. Los capos del narcotráfico, la trata de personas y la pornografía infantil coexisten con los magnates de las telecomunicaciones, la minería y la cerveza.

Al norte del Río Bravo seduce el espejismo de una vida plena y digna, al sur está la realidad ineludible del sistema económico actual. Para alcanzar el sueño americano, la idealizada Tierra Prometida del proceso civilizatorio, mexicanos y centroamericanos por igual deben enfrentar la tierra de los parias, la nación de los

despojos. Allí donde un giro desafortunado podría hacerles expiar no sólo las culpas propias, también las de los hombres que lo tienen todo.

“Tengo miedo de volver a mi país, mi vida corre peligro si regreso a Guatemala”, suelta César Augusto Lorenti, de cincuenta y cuatro años, habitante de Casa Tochán, refugio y albergue al poniente de la ciudad. Refiere que su actividad como periodista en la nación centroamericana devino dos intentos de homicidio en su contra y los asesinatos de su hijo y de su hermano. Lleva tres meses y medio aquí; pinta paisajes de la Antigua Guatemala y cuadros que retratan la experiencia migrante. Los vende para vivir. Delgado y de paso ligero, se le ve sociable por los extravagantes espacios del inmueble, conversa con soltura con alguno de los tres voluntarios provenientes de Alemania y Estados Unidos. Está en espera de que el gobierno mexicano le resuelva una solicitud de asilo político, mismo que se le negó en Estados Unidos.

Mariano Geovanni Martínez es un salvadoreño que gusta de las rancheras, la banda y las cumbias; los sopes, los chilaquiles —con su carnita o con huevo— y las enchiladas; es más, presume de saber cocinar a la mexicana y de comer picante como cualquiera de nuestros connacionales. Pasó dieciocho años al lado de un numeroso grupo de mexicanos en Estados Unidos, trabajando para una empresa de construcción y mantenimiento sostenida por migrantes. Lejos de su natal La Reina, en Chalatenango, y encontrándose en un espacio que pone a prueba los sentimientos de pertenencia e identidad, lo hicieron sentir de la familia.

Es un hombre alto y corpulento, resulta difícil imaginar que alguien podría someterlo. Pero así fue. Se encontraba en los lindes de Chiapas y Oaxaca, bordeando una caseta de vigilancia junto a otros compañeros. Un grupo de asaltantes los sorprendió. Pero despojarlos

de su dinero y objetos de valor no resultó suficiente, los migrantes fueron agredidos con machetes y pistolas.

Mariano fue quien sufrió las lesiones más graves. Doble fractura expuesta en el brazo derecho, más dislocamiento de la muñeca del mismo lado. “Pensé que me iban a matar”, manifiesta mientras señala más cicatrices en espalda, rostro y piernas. Dado que fue víctima de un delito en territorio nacional, Mariano tiene derecho a adquirir la condición de visitante por razones humanitarias. El trámite está en proceso.

Gabriela Hernández Chalte, coordinadora de la casa, señala que a partir de la implementación del Plan Frontera Sur la situación ya de por sí dramática de los migrantes “se desquició”. A raíz del aumento de las detenciones violentas y del creciente número de puntos de revisión, los centroamericanos se han alejado de las rutas tradicionales y, por ende, de los albergues que pueden brindarles ayuda y protección. Esto aumenta las probabilidades de un encuentro con el crimen organizado y las pandillas locales. Es el caso de Mariano.

Los Estados Unidos son, a pesar de su estricta política migratoria, un país multicultural. De acuerdo con los últimos datos de American Factfinder, se reconocen veinticinco ascendencias extranjeras para su población actual. Las tres más numerosas son la alemana, con 46 874 293 descendientes, que representa el 14.9% de los habitantes; la irlandesa, con 33 918 058 y 10.8% respectivamente; y la inglesa, de 25 181 294, que significa el 8%.

Estas cifras están por encima de la población considerada “americana”, la cual es de 22 365 250, correspondiente al 7.1%. No está de más señalar que los descendientes de indígenas del territorio estadounidense son sólo 2 756 752, el 0.9% de un total 314 107 084 habitantes en 2014.

Para ese mismo año, 41 millones de pobladores habían nacido en el extranjero, y 21 millones y medio

de ellos eran latinoamericanos. Si a este último dato sumamos los latinos de segunda y tercera generación, la cifra asciende a 55.2 millones en 2016, según datos de Pew Research Center.

Mientras que la Organización Internacional para las Migraciones informa que el mayor corredor migratorio del mundo es el que va de México a Estados Unidos, el cual representa el 6% del contingente mundial de migrantes. La Oficina del Censo estadounidense reporta que desde 2010 el número de nacimientos de niños blancos es inferior a la suma de nacimientos de las “minorías” raciales.

Tochán significa “nuestra casa” en náhuatl. Hoy esta expresión tiene más sentido que nunca. Gabriela comenta que con la diversificación de las rutas de migración, la Ciudad de México se ha vuelto un lugar de paso y de destino para los centroamericanos. Mujeres, hombres, niños solos, incluso la comunidad LGBT ha llegando en cantidades considerables, pero la capital sólo cuenta con cinco albergues y sus residentes no tienen una cultura de acogida.

Muestra de ello son César y Mariano. Entre los dos suman un nutrido historial de deportaciones; ser arrestados en suelo estadounidense implicaría ir a prisión. Sin mucho convencimiento, expresan la idea que quedarse a vivir en México, en particular en la capital.

Por lo pronto cae la noche en Casa Tochán. La estructura se cierra un poco más con la ausencia de luz. Víctor, exguerrillero salvadoreño y hábil carpintero, contempla una vez más a su ídolo. Fuma otro cigarro, decide que retocará aquella locomotora de madera naranja y gris que encanta la mirada de huéspedes y visitantes, esa síntesis de la Bestia, el tren de carga cuyo peso simbólico es dual: la esperanza de una vida plena y digna en la Tierra Prometida del proceso civilizatorio; el terror de cruzar la nación de los despojos. ■■